ODILÓN DE CLUNY

Vida de santa Adelaida

Epitaphium Adalheidae

SABBATISMUS

Odilón de Cluny (c. 962–1049)
Epitaphium Adalheidae · Vida de santa Adelaida

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Epitafio del emperador Otón el Grande

En este sepulcro yace Otón, divino y máximo, / fuerte en el mando, como David en el tiempo antiguo, / ilustre como el sabio Salomón, y amigo de la paz; / dotado de una esperanza mayor que la de Ezequías, anhela / que llegue la paz y que la verdad crezca por los siglos. / He aquí que se escribe que celebró con gran solemnidad la Pascua / y sus fiestas Josías, el primero bajo el sol; / y no solo eso, sino que los hechos místicos de los antiguos, / gobernando antes los reinos, reformando los sagrados derechos de las leyes, / él los celebra a la luz, y al celebrarlos corona el mundo. / Lo mejor que jamás tuvo la tierra de Germania / tú, feliz Italia, junto con una mujer bienaventurada, / lo recibiste. Al hinchado rinoceronte, con empeño, / también lo hizo manso él, que sometió muchísimos reinos, / domó a los sármatas, los obligó a servir a Cristo, / a expulsar al demonio, a llevar por enseña el triunfo de la cruz. / Venciendo en guerra a los húngaros, trayendo enseñas victoriosas, / arrebató, dignos ya de llevar el nombre de la santa fe, / a innumerables pueblos, oprimidos por terrible peligro. / Tú, en otro tiempo señora, feliz y espléndida Roma, / Otón, juntamente con su santa esposa, te concedió / que volvieras a llevar, como solías, el cetro

y la diadema del mundo. / Todo el mundo danza de júbilo bajo tan gran césar; / la paz, arrebatada, perece cuando el máximo Otón se retira. / Cuando mayo trae de nuevo en su orden las luctuosas nonas, / el piadoso césar Otón es arrebatado a las huestes celestes, / guiándolo su Mauricio, para unirse en lo alto / a aquel a quien cedió su propio palacio, este que contemplas. / Célebre por tu esposa, y feliz también por tu descendencia, / el mundo se alegra cuando nace Otón II. / El Tercero impera; el cielo resuena de júbilo. / Pero ahora tu estirpe, con ilustre gobierno, al mundo / protege, engrandece, enriquece, ensalza y honra; / a él aquel padre tuyo, llamado Enrique por nombre, / le había cedido este nombre, como tú también le cedes el honor. / Mientras permanezcan el Oriente rutilante y la tierra postrera, / el mar y los astros del cielo, te llorarán las regiones del mundo.

Prefacio a la vida de doña Adelaida

Al señor Andrés, venerable abad, y a todos los hermanos a él confiados, que en el arrabal de la ciudad de Pavía sirven devotamente a nuestro Señor y Salvador, el hermano Odilón, desecho de todos los pobres de Cluny: prosperidad en la vida presente y gozos eternos.

He procurado enviar a vuestra fraternidad el epitafio de nuestra señora Adelaida, emperatriz augusta, escrito en estilo pobre, juzgando justo que entre vosotros se guarde memoria continua de aquella por cuyo celo y prudencia se alzaron desde los cimientos los edificios de vuestro monasterio, y por cuya larga y constante munificencia os sustentáis. Pues no hemos tocado tan gran materia con palabras viles y breves para que nuestro discurso baste a la alabanza de tanta virtud y nobleza, sino para que algún varón verdaderamente docto tome de aquí ocasión de escribir, de modo que este eminente asunto, desarrollado con palabras más eminentes, resuene en los oídos de emperatrices y reinas; y para que, al oír cosas grandes de los grandes y procurar seguir por los pasos de la honestidad a aquella de quien hablamos, al menos por ellas florezca el cuidado doméstico, como por ella prosperó la cosa pública a lo largo y a lo ancho.

TEXTO DEL LIBRO

1

En los tiempos de esta nuestra edad, pues, el Señor que todo lo dispone y que es dador de todo honor y honestidad concedió a la república romana, mientras el primer Otón empuñaba felizmente el cetro, una gloria venerable en el sexo femenino. Pues de muchos bienes y virtudes que entonces acontecieron fue autora, después de Dios, la emperatriz Adelaida, de divina y célebre memoria. Y al esforzarnos por encomendarla por escrito a la memoria de los venideros, temo que se nos reprenda con justicia, porque, poco idóneos, intentamos explicar con estilo pobre una materia de tanta nobleza y virtud. Quienquiera que nos reprenda, como dignos de reprensión, ya por el lenguaje inculto, ya por la novedad de la empresa, ya por la sencillez de nuestra elocuencia natural, sepa sin duda alguna, sepa que no nos movió a esto el apetito de alabanza humana, sino el afecto de una caridad verdadera y sincerísima. Si quieres, lector, como en verdad debes con razón, apartarte de la rusticidad de nuestro pobre ingenio, atiende a la nobleza de alma y de cuerpo de aquella a quien hemos comenzado a encomiar. Porque si quieres esperar a un varón dotado de tanta elocuencia o sabiduría que pueda describir convenientemente la vida de esta mujer, será preciso o que el orador Cicerón sea llamado de entre los muertos, o que el presbítero Jerónimo sea enviado desde lo alto. Pues si aquel santo e incomparable en sabiduría divina y humana,

el sagrado Jerónimo, hubiera vivido en tiempos de esta augusta —él, que procuró encomiar en libros y cartas a Paula y a Eustoquia, también a Marcela y a Melania, también a Fabiola y a Blesila, a Leta y a Demetríade, y a la mujer siete veces herida—, sin duda la habría encomiado a ella en no pocos volúmenes. Mas, puesto que falta uno como Jerónimo, o algún otro tan instruido en las artes liberales que pueda describir dignamente las costumbres y la vida de tan gran mujer, acometámoslo nosotros, indoctos, con la ayuda de Dios, según nuestras fuerzas.

2

Ella, nacida de estirpe real y religiosa, siendo aún jovencita y teniendo dieciséis años de edad, por don de Dios contrajo matrimonio regio, unida, a saber, al rey Lotario, hijo de Hugo, riquísimo rey de Italia. De esta unión tuvo una hija, de la cual Lotario, rey de los francos, engendró al rey Luis, que murió sin hijos y, según se sabe, fue sepultado con honores regios en Compiègne. Muerto el ya dicho Lotario, hacia el tercer año después de haber desposado a doña Adelaida, quedó ella viuda de su marido, privada del reino, desamparada del consuelo conyugal. Le sobrevino una persecución mordaz, que suele purificar a los elegidos como el horno al oro. Le sobrevino, a decir verdad, por voluntad divina, una aflicción corporal exterior, para que por dentro no la abrasara, jovencita como era, el ardiente deseo de la carne. Quiso el Señor que fuera quebrantada con tantos azotes para que, según la sentencia del

apóstol Pablo, no fuera viuda que, viviendo en deleites, está muerta (1 Tim 5,6). Pues con afecto paterno quiso que padeciera tantos peligros, para que no fuera indigna de aquella filiación de la que habla la Escritura: El Señor castiga a todo hijo a quien recibe (Heb 12,6). Muchas veces, en efecto, daba por ello gracias a Dios y comentaba con sus fieles allegados cuántas y cuáles cosas había padecido en aquel tiempo, y con cuánta misericordia la había librado el Señor de las manos de sus enemigos. Pues juzgaba que le había sido más provechoso estar ocupada por un tiempo en angustias temporales que, viviendo en deleites, quedar sujeta a las leyes de la muerte perpetua.

3

Muerto Lotario, su esposo, obtuvo el honor del reino de Italia un hombre llamado Berengario, que tenía por esposa a una mujer llamada Willa. Apresada por ellos indignamente siendo inocente, angustiada con diversos tormentos, arrancados los cabellos de su cabeza, golpeada a menudo con puñetazos y puntapiés, y por último encerrada en tenebrosa cárcel con una sola criada por compañía, fue liberada por intervención divina y después, por disposición de Dios, elevada a las alturas imperiales. En la misma noche en que salía de la cárcel, fue a dar a un pantano. Allí permaneció días y noches sin comida ni bebida, perseverando y suplicando a Dios que le viniera su auxilio. Detenida en tal peligro, llegó de repente un pescador en una barca, llevando en su barquilla un pez llamado esturión. Al verlas, les

preguntó quiénes eran y qué hacían allí. Le dieron una respuesta muy conforme a la necesidad apremiante: «¿Ves que andamos aquí errantes, privadas de todo consejo humano, y, lo que es más duro, en peligro por la soledad y el hambre? Si puedes, danos algo de comer; y si no, ofrécenos consuelo». Él, movido a misericordia por ellas, como lo había estado en otro tiempo por los pobres que peligraban de hambre en el desierto Cristo mismo, por quien era enviado, les dijo: «No tenemos nada para comer, sino solamente pescado y agua». Tenía fuego consigo, como suelen tenerlo los que ejercen el oficio de pescar. Se encendió el fuego, se preparó el pescado. Comió la reina; la sirvieron el pescador y la criada.

4

Mientras esto sucedía, llegó un clérigo que había sido su compañero de cautiverio y de fuga, anunciando que se acercaba un ejército de caballeros armados; los cuales, recibiéndola con gozo, la llevaron consigo a un castillo inexpugnable. Después, por consejo de los príncipes de Italia, y precediéndola la gracia de Dios, pasó del solio del reino a la cumbre del imperio. Pues ella es digna de ser llamada y venerada la más augusta de todas las augustas:

Nadie antes que ella engrandeció así la cosa pública: a Germania, de cerviz altiva, y a la fecunda Italia, a estas con sus príncipes, las sometió a los alcázares de Roma. Al noble rey Otón lo puso en Roma como césar, y de él engendró un hijo dignísimo del imperio.

5

Baste lo dicho sobre la nobleza de su sangre. Pero cómo y de qué manera ejercitó la nobleza del alma, ningún mortal es capaz de decirlo. Mas, para hablar brevemente según mi corta medida:

Firme en la esperanza y en la fe, y llena por entero de la doble caridad, / justa en verdad, fuerte, prudente y modesta en extremo / fue, y vivió dichosa mientras gobernó el siglo, / con el auxilio del Señor que rige las regiones del mundo.

Con todo, las palabras pronunciadas por el sabio Salomón convienen a esta santísima mujer: Abrió sus manos al necesitado, dice, y extendió sus palmas al pobre. No temerá por su casa los fríos de la nieve, pues todos sus domésticos van vestidos con ropas dobles. Se hizo un vestido de tapicería; lino fino y púrpura son su vestidura. Noble es en las puertas su marido, cuando se sienta con los senadores de la tierra. Fortaleza y hermosura son su vestidura, y reirá en el último día. Abrió su boca a la sabiduría, y la ley de la clemencia está en su lengua. Atendió a los senderos de su casa, y no comió ociosa el pan. Se levantaron sus hijos y la proclamaron bienaventurada, y su marido la alabó. Muchas hijas reunieron riquezas; tú las superaste a todas (Prov 31,20-29). Esto que de ella decimos no lo conocimos solo de oídas, sino también por vista y experiencia. Muchas palabras de salvación oímos de ella; muchísimos dones recibimos. Muchas veces a los que carecían de una moneda los hizo ricos en oro; a los que a veces carecían del sustento diario los

hizo ilustres en honores. Ella, para ornamento del mundo esposa del primero y máximo Otón, emperador famosísimo en todo el orbe, y para provecho de muchos madre de emperadores, mereció alcanzar aquella bendición que, según leemos en el libro de su padre del mismo nombre, mereció gozar Tobías: ver a los hijos de sus hijos hasta la tercera generación.

6

Después que el augustísimo Otón entró en el camino de toda carne, la augusta gobernó larga y felizmente con su hijo la monarquía del Imperio romano. Pero, una vez consolidado por voluntad divina, gracias a los méritos y al celo de la propia augusta, el principado del Imperio romano, no faltaron hombres inicuos que se esforzaron por sembrar discordia entre ellos. Engañado por su adulación, el césar se apartó de corazón de su madre. Si encomendáramos a las letras cuántas y cuáles cosas padeció en aquel tiempo, parecería que menoscabábamos el lustre de tan gran linaje. Pues no debemos tocar con la pluma lo que pronto aplacó una humilde satisfacción. Amando a su hijo e incapaz de soportar a los autores de la discordia, dando por un poco lugar a la ira según el precepto del Apóstol (Rom 12,19), decidió buscar el reino paterno. Allí fue recibida con benignidad y honra por su hermano, el rey Conrado, y por su nobilísima esposa Matilde. Se entristecía Germania por su ausencia, se alegraba con su llegada toda Borgoña; exultaba Lyon, ínclita ciudad, ma-

dre y nodriza en otro tiempo de la filosofía, y también Vienne, noble sede regia.

7

Después, el césar Otón, movido por el arrepentimiento, envió una embajada al rey su tío y al padre Mayolo, de santa memoria, rogándoles con la mayor premura e insistencia que por su intercesión pudiera recobrar la gracia de su madre, que había perdido por sus propias culpas; y pidiéndoles de nuevo y suplicándoles que procuraran salirle al encuentro en Pavía cuanto antes pudieran, juntamente con la augusta su madre. Siguiendo el consejo de tan grandes varones, la madre salió al encuentro de su hijo en Pavía en el tiempo fijado. Cuando se vieron mutuamente, entre llantos y lágrimas, postrados en tierra con todo el cuerpo, comenzaron a saludarse humildemente. Hubo en el hijo humilde arrepentimiento, hubo en la madre generoso perdón; y en adelante permaneció entre ambos el lazo indiviso de una paz perpetua.

8

No mucho tiempo después quedó privada de su único hijo, al que sucedió el tercer Otón, nacido de una griega. Así, afligida largo tiempo por golpes repetidos, sufrió tras la muerte de su hijo contrariedades que no podemos narrar una por una, ni cuántas ni cuáles fueron. Aunque aquella emperatriz griega había sido bastante útil y excelente para sí y para otros, con su suegra la

augusta se mostró, sin embargo, contraria. Al fin, siguiendo el consejo de cierto griego y de otros aduladores, la amenazaba como señalándola con la mano y diciendo: «Si vivo un año entero más, Adelaida no dominará en todo el mundo lo que pueda abarcarse con un palmo». Esta sentencia, proferida desconsideradamente, la censura divina la hizo verdadera. Antes de cuatro semanas la emperatriz griega partió de esta luz; la augusta Adelaida le sobrevivió y quedó feliz. Seguía llorando y lamentando los peligros del mundo, aunque llevando por necesidad el cuidado del Imperio romano. Otón III, hijo de su único hijo, educado felicísima y honrosísimamente por los magnates del reino, nada hizo para con ella sino lo que convenía a ella y a él. Por eso, por los méritos de su abuela y el celo de los magnates, obtuvo el principado romano. Pues desde su primera edad la ya dicha emperatriz había padecido mucho de extraños y de los suyos, de modo que podía decir con el Profeta: Mucho me han combatido desde mi juventud, etcétera (Sal 129,1). Pues decía a menudo aquello del Apóstol: Estimo que los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que se revelará en nosotros (Rom 8,18). Si padecemos con él, también reinaremos con él (2 Tim 2,12); y también: Si somos compañeros en los padecimientos, lo seremos también en los consuelos (2 Cor 1,7). A muchos devolvió bien por mal, y según el precepto del Señor perdonó a los que pecaban contra ella antes de ponerse el sol (Ef 4,26). Nada reservaba para sí de las injurias recibidas, sino

que todo lo encomendaba al Señor, sabiendo que el Señor había dicho por el profeta: Mía es la venganza; yo daré el pago (Rom 12,19). ¡Perdonad, os ruego, a quienes ella perdonó! Y digamos, según lo permita el tiempo, en qué adversidades y con qué afanes en la prosperidad se esforzó por servir. Pues cuantos reinos había poseído por favor de Dios, primero con el césar, luego con su hijo y con el hijo de su hijo, es decir, con los Otones, augustos y césares, tantos monasterios fundó a sus propias expensas en honor del Rey de reyes.

9

En el reino de su padre, el nobilísimo rey Rodolfo, y de su hermano don Conrado, en el lugar llamado Payerne, donde había dado sepultura a su madre, la reina llamada Berta, consagrada a Dios con toda humildad, fundó un monasterio en honor de la Madre de Dios y, por su propia munificencia y por precepto de su hermano el rey Conrado, lo encomendó a perpetuidad al santísimo padre Mayolo y a sus sucesores para que lo gobernaran. Después, en Italia, junto a la ciudad de Pavía, comenzó desde los cimientos un monasterio y lo terminó honrosamente en honor del Salvador del mundo, con autoridad imperial y con su larguísima donación; lo enriqueció muy ampliamente con heredades y ornamentos, y lo entregó al ya dicho padre Mayolo para que lo ordenara conforme a la regla. En Sajonia, tras la partida del ya dicho príncipe de la república, con la cooperación de su única hija, sapientísima

y prudentísima, otorgó muchísimos dones a los monasterios de monjas.

10

Hacia el duodécimo año antes de su muerte, en el lugar llamado Selz, decidió que se fundara una ciudad bajo la libertad romana, y este propósito lo llevó después a su perfecto cumplimiento. En el mismo lugar edificó también desde los cimientos, con obra admirable, un monasterio, y en honor de Dios y del príncipe de los apóstoles, reinando su nieto Otón III, que estaba allí presente a su lado, lo hizo consagrar augustísima y devotísimamente el día decimocuarto antes de las calendas de diciembre por Widerold, obispo de la ciudad de Estrasburgo. Y para que aquel lugar sagrado estuviera sostenido con mayor autoridad en los tiempos venideros, la augusta Adelaida, tantas veces nombrada y que tantas veces habrá de nombrarse, abuela del mismo césar, convocó también, junto con el dicho césar, una asamblea de obispos.

En este monasterio preparó un claustro muy apto para monjes, y decidió ordenarlo según la regla de san Benito. Puso allí por abad a uno llamado Eccemagnus, varón de buena fama, docto en ciencia humana y en sabiduría divina, a quien quiso tener como asiduo maestro en las divinas letras. Y enriqueció y ennobleció tanto aquel monasterio con heredades, edificios, oro y piedras preciosas, vestiduras preciosísimas y otros diversos enseres de ornato, que nada faltaba en aquel lugar a los que servían a Dios. Durante los cuatro

años que sobrevivió, entregándose a sí misma y sus bienes a su Creador, se ganó como amigos a los pobres y siervos de Cristo, para que, cuando faltasen las cosas temporales, la recibieran en las moradas eternas (Lc 16,9).

11

Aunque se hallaba envuelta en las más altas dignidades de la república, no desdeñaba prestar auxilio a las diversas angustias de los desdichados y menesterosos. Y aunque, como convenía a la dignidad imperial, podía adornar su cuerpo con vestiduras maravillosas y ceñir su cabeza con gemas preciosísimas, no quería cargarse con tales estorbos; sino que o disponía que se repartieran a los pobres, o con ellas hacía adornar los estandartes de la cruz del Señor y los Evangelios de Cristo; pues era celosa imitadora de su Redentor, que, siendo el más alto de todos, no desdeñó padecer las bajezas de la condición humana. Además, a innumerables comunidades tanto de canónigos como de monjes y monjas, establecidas por doquier en diversas partes del orbe, otorgaba muchísimos beneficios, para que las huestes de los que sirven a Dios, recreadas por su munífica largueza, implorasen con más libertad, para ella y para la república, los sufragios que el cielo había de concederles.

12

En todo lo que hizo guardó la forma de la justicia y conservó una liberalidad común a todos,

creyendo sin duda alguna que había de ser juez aquel a quien no engañan las cosas ocultas, ofenden las indecorosas y deleitan las honestas. Por eso se la veía excelsa en la justicia, gratísima en la liberalidad, asentando las obras de beneficencia sobre Cristo, a quien el bienaventurado Apóstol pone por fundamento (1 Cor 3,11), y entendiendo con prudencia que la fe es el fundamento de todas las virtudes. Practicó, pues, una perfecta liberalidad, de modo que, en cuanto podía, cubría su obra con el silencio, a la vez que deseaba socorrer las necesidades de cada uno; para que no la alabasen sus propios labios, sino las bocas de los pobres de Cristo, y se viera ya cumplido en ella lo que se dice por boca del bienaventurado Job: La bendición del que iba a perecer venía sobre mí (Job 29,13). Con diligente consideración procuraba ponderar aquello que afirma el mismo profeta: que ningún pobre saliera jamás de su techo con el regazo vacío; para que, aplicada a tales negocios, pudiera adquirir en la tierra de los vivientes la herencia de la suerte celestial.

13

Ya en el último año de su vida, como no se le ocultaba, según creo, que había de salir del siglo, amiga como siempre de la paz, fue por causa de la paz y la caridad a la tierra paterna, donde los fieles de su sobrino el rey Rodolfo litigaban entre sí; a los que pudo, les dio pactos de paz; a los que no pudo, los encomendó del todo a Dios, según su costumbre. Por lo demás, con cuánto celo y con cuánta devoción procuró visitar los lugares de los

santos, no está en mi facultad desarrollarlo. En ese mismo tiempo llegó al monasterio de Payerne, que ella misma había fundado noblemente en honor de la Madre de Dios, por el remedio del alma de su madre que allí descansa, tanto con bienes propios como maternos; y lo que entonces faltaba a los hermanos que allí servían a Dios para su necesidad temporal, se lo suministró con mano larguísima, como siempre solía.

14

Sucedió entonces algo nuevo que hemos juzgado digno de insertarse en esta obra. Fatigada del camino, no pudo dar limosna a los pobres con su propia mano, como solía, y llamó a uno de los hermanos para que diera en su lugar las monedas a los pobres. Por orden suya se fue hacia los pobres. El número de los pobres excedía el número de los denarios. Temió el ministro tener menos de lo que bastaría para los necesitados. ¿A qué alargarse?

Por los méritos de la augusta estuvo presente el poder de aquel que / con cinco panes sació a cinco mil del pueblo.

Multiplicados los denarios, los pobres se fueron alegres con su don.

15

Saliendo de allí, se dirigió a Agauno, donde una roca felicísima guarda los cuerpos de miles de mártires. ¿Con cuánta devoción, con cuánta reverencia imploró los sufragios del gran mártir

Mauricio y de sus compañeros? ¿Cuántos fueron allí sus gemidos? ¿Cuántos sus suspiros? ¿Cuántos sus llantos? ¿Cuántos sus ríos de lágrimas? Nunca hubo, a mi parecer, pecados que no merecieran entonces remedios eternos. Si hubieras mirado el rostro de la augusta, habrías dicho que excedía la figura humana; y si algo profería con sus labios, no habrías creído sino que desplegaba aquella palabra profética: Derramo en su presencia mi oración; expongo ante él mi tribulación (Sal 142,3). Y su mayor tribulación era una caritativa compasión por todos los que se apartan de la ley de Dios, de modo que podía decir con el Profeta: El desfallecimiento se apoderó de mí a causa de los pecadores (Sal 119,53), y con Pablo: ¿Quién enferma, y yo no enfermo? (2 Cor 11,29). Así lloraba los pecados ajenos como muchos no saben llorar sus propios peligros. Se alegraba de la gravedad y los progresos de los pasados; se entristecía cada día por los defectos de los presentes y, sobre todo, de los venideros. Y al hablar de lo venidero, declaro que sin duda tuvo espíritu de profecía. Pues mi palabra sería deficiente si no lo hubiera comprobado con prueba manifiesta.

16

Pues estando a punto de salir de aquel lugar sagrado, y hallándose recogida en un rincón de la iglesia para orar, llegó a ella un mensajero de Italia y le anunció que Franco, obispo de Worms, había muerto en Roma. Y como era varón de buena fama, la señora augusta lo amaba mucho, como solía amar a todos los buenos. En cuanto

oyó de su muerte, llamó a uno de los allegados que estaban presentes y le rogó humildemente que elevara súplicas al Señor por él; y, como en éxtasis, comenzó a decir así: «¿Qué haré, Señor, o qué diré de aquel señor nuestro y nieto mío? Perecerán en Italia, según creo, muchos con él; después de ellos perecerá, según temo —¡ay de mí, desdichada!—, Otón, de augusta índole; y yo quedaré privada de todo consuelo humano. ¡No permitas, oh Señor, rey de los siglos, que yo sobreviva para ver tan luctuosa pérdida!». Entonces habrías visto a la augusta postrada en tierra con todo el cuerpo, y no menos habrías creído que estaba atenta al cielo con todo el esfuerzo de su alma, como si hubiera hallado ya las huellas del mártir Mauricio y las cubriera de besos con boca llorosa. Poco después se levantó de la oración; dio dones a los mártires y limosna a los pobres.

17

De allí se dirigió a la ciudad de Ginebra, deseando ver la basílica del victoriosísimo mártir Víctor. Luego llegó a Lausana, y allí veneró devotísimamente el santuario de la Madre de Dios. Recibida con honra en estos lugares por el rey y por los obispos, sobrinos suyos, llegó a la villa llamada Orbe. Detenida algún tiempo en esa villa, dio lo necesario a cuantos necesitados y desdichados acudían, en la medida en que pudo. Tratando con el rey y los príncipes de la patria los asuntos de la paz y la honestidad, envió también desde allí diversos y variados dones a los lugares sagrados. Pues ¿qué iglesia, qué monasterios de

monjes, unidos a ella por parentesco o vecindad, no merecían recibir dones u obsequios? Y, por decir pocas cosas de entre muchas, en el mismo tiempo en que se acercaba su último día visitó al beatísimo padre Benito con dones, pequeños pero propios; y también al padre Mayolo, de feliz memoria, coronado ya de gloria celestial, a quien, mientras vivía en esta carne mortal, amaba por encima de todos los mortales de aquella orden. Pues no olvidó Cluny, monasterio tan familiar para ella. Para restaurar el monasterio del beatísimo confesor de Cristo Martín, que no mucho antes había sido consumido por el fuego, dispuso enviar no poca plata y, para honra del altar, parte de la clámide de su único hijo, el augusto Otón.

18

Pues, para traer a la memoria sus dulcísimas palabras a aquel por cuyo ministerio se enviaban, dijo entre otras cosas: «Te ruego, queridísimo, te ruego que hables así al santísimo sacerdote:» «Recibe por mi servicio, sacerdote de Dios, estos pequeños dones que te envía Adelaida, sierva de los siervos de Dios, pecadora por sí misma, emperatriz por don de Dios. Recibe parte de la clámide de mi único hijo, el augusto Otón, y ruega por él a Cristo mismo, a quien vestiste en el pobre con la vestidura dividida». En aquel día en que había de salir del lugar arriba dicho, en una misma hora, estando presentes nosotros, pecadores, dejó ejemplo de perfecta humildad y mostró, no con arrogancia sino con humildad, que tenía espíritu de profecía.

19

Había allí en su presencia un monje que, aunque indigno de llamarse abad, era tenido por ella en alguna estima. Al mirarlo ella, y al contemplarla él, ambos comenzaron a llorar copiosamente. Diré que hizo más que si dijera que había sanado a muchos enfermos. Pues tomó humildemente el hábito bastante tosco que él vestía, lo besó y lo apretó contra sus santísimos ojos y su serenísimo rostro, y le dijo humildemente y en voz baja: «Acuérdate de mí, hijo, en tus contemplaciones, y sabe que no te volveré a ver con los ojos corporales. Pues cuando haya salido de las cosas humanas, encomiendo mi alma a las oraciones de los hermanos». De allí, por el camino por el que había venido, llegó al lugar donde, por disposición de Dios, había decidido prepararse el sepulcro.

20

En este último viaje de su carrera temporal se elevaba, cuanto podía, por encima de sí misma, para poder entregarse libremente a la contemplación divina, despreciando el torbellino de las cosas seculares. Aun los asuntos domésticos le resultaban importunos. Había cumplido ya con diligencia la muy loable vida activa de Lía y de Marta; anhelaba alcanzar el deseable reposo de Raquel y de María. Así, aplicada a la lectura, asidua en la oración, rechazaba lo terreno, anhelando con toda el alma lo celestial. Y si alguno la interpelaba sobre asuntos seculares, no respon-

día a ello, sino que, gimiendo, revolvía en su corazón aquella palabra del Apóstol: ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom 7,24). Y, segura en la esperanza de la retribución divina, decía: La gracia de Dios, por Jesucristo (Rom 7,25). Después, instruida por el magisterio celestial, llegó al lugar donde había de entregar a Dios su último aliento. Pues se acercaba el día en que se celebraba la devoción anual en memoria de su hijo, el augusto Otón. Habían acudido a ella desde los lugares vecinos, como siempre hacían, muchedumbres de pobres.

21

Tenía la costumbre de repartir, en los aniversarios de sus amigos y allegados, un donativo espiritual a sus soldados espirituales; quiero decir, limosna a los pobres de Cristo. La multitud de los necesitados estaba dispuesta ordenadamente en el lugar. Llegó ella hasta ellos y, a ejemplo del patriarca Abrahán, no dudando que Dios estaba entre ellos, se inclinó humildemente en adoración; y, olvidada de su debilidad, intentó acometer más allá de sus fuerzas; dio a cada uno con su propia mano, y a los que vio más miserables les dio vestidos u otros pequeños dones. Terminado este negocio espiritual, hizo celebrar misas por su hijo a un venerable arzobispo. Aquella misma noche la acometió la fiebre y, agravándose durante algunos días el peso de la enfermedad, fue llevada hasta el extremo. Con todo, aún seguía atenta a la oración cuanto podía y, con ojos que deseaban a Cristo, no se dignaba mirar ninguna otra cosa.

Recobradas un poco las fuerzas del cuerpo, pidió con mucha insistencia ser fortalecida con los misterios de la Iglesia. Entonces, ungida con el santo óleo, recibió, adorándolo humilde y devotísimamente, el sacramento del cuerpo del Señor, en quien siempre había esperado y creído. Después, sostenida por tales auxilios y alimentada con tal banquete, dijo a los ancianos que la asistían y al clero que cantasen los salmos penitenciales y recitasen los nombres de los santos según la costumbre de la Iglesia. Hecho esto, salmodiaba con los que salmodiaban, oraba con los que oraban, hasta aquel punto en que suplicaba a Dios que la asistiera propicio. No sabía sostener con la hermana de Moisés el pandero y la danza, ni con David las cuerdas y el órgano; pero, tomando los címbalos bien sonantes con los que siguen al Cordero, estaba ya toda entregada al júbilo.

22

Así pues, acercándose el año milésimo de la encarnación del Señor, deseando ver en los atrios del Señor aquel día único que no conoce ocaso, mejor que mil, decía a menudo con el Apóstol: Deseo ser desatado y estar con Cristo (Flp 1,23). Y mientras aguardaba con alegría espiritual la fiesta, ya cercana, de la natividad del mismo Señor Jesucristo, cuando el feliz diciembre cumplía su decimosexto día, también ella, depuesta felizmente la carga de la carne, voló al puro fulgor del purísimo éter. Tenía, en efecto, con los de su casa una grave alegría, con los extraños una honestísima gravedad; con los pobres una piedad infati-

gable, en honrar las iglesias de Dios una largueza abundantísima; con los buenos una benignidad perseverante, contra los malvados una severidad generosa; en lo que buscaba, temor; en lo buscado, vigor; en la prosperidad, verdadera humildad; en la adversidad, paciente longanimidad; en el alimento cotidiano, sobriedad; en el vestido, moderación; en la lectura y la oración, en las vigilias y los ayunos, asiduidad; en dar limosnas, una y la misma voluntad. Ninguna altivez por la nobleza de su sangre la estorbaba; ningún deseo de alabanza humana podía arrastrarla por la bondad que Dios le había concedido. Ninguna presunción por las virtudes que Dios le había concedido, ninguna desesperación sugerida por sus propias faltas la dominaba; ninguna ambición de honores, riquezas y deleites del mundo reinaba en ella; sino que en todo la acompañaba la discreción, madre de todas las virtudes. Y tenía en la fe una firmeza segura, en la esperanza una seguridad firme, y en el amor de Dios y del prójimo la caridad, raíz de todos los bienes y causa principal de las virtudes. Pero, a decir verdad, cuán grande y cuál fue su vida lo ha manifestado el poder divino con los prodigios de milagros que resplandecen junto a su sepulcro. Si se describieran por orden, necesitarían un volumen propio; pues no pueden explicarse con nuestra elocuencia. Mas, para que no queden del todo cubiertos de silencio, y evitando la prolijidad, nos ha parecido bien resumirlos en un breve capítulo.

23

Junto a su sepulcro los ciegos recobran la luz perdida de sus ojos, los paralíticos la salud de sus cuerpos. Allí sanan los que padecen fiebre. Muchos enfermos de diversas dolencias son restablecidos, por la gracia y la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

Prólogo al libro segundo

Puesto que por lo escrito más arriba consta con evidencia con cuánta solicitud imitó esta sierva de Dios a la bienaventurada Marta, conviene también presentar algunos indicios de su contemplación celestial, por los cuales podamos conjeturar que alcanzó más perfectamente a su hermana María. Además, fácilmente podemos entender cómo ella, guardando su cuerpo casto y puro según el precepto del Apóstol, mereció llegar a ser plenamente templo del Dios vivo (2 Cor 6,16). Pues, aunque durante toda su vida abundó en riquezas regias y en bienes dignos de su linaje, se sabe que, domando su carne con cilicio desde los primeros tiempos de su viudez y pisoteando con desprecio interior la cumbre de la gloria mundana, se mantuvo ante Cristo solo, es decir, ante la justicia, con tal deseo de la contemplación celestial que concordaba con la dulce voz del Salmista, quien concluyó que su bien no era gozar de las delicias del reino, sino unirse a Dios (Sal 73,28).

MILAGROS DE LA REINA ADELAIDA

1

Cierto día, estando sentada a la mesa para reparar el cuerpo con una honrosa concurrencia

tanto de clérigos como de laicos, y bastando unos manjares purísimos a la necesidad de todos, ella —como es costumbre de las almas santas mostrar por fuera unas cosas y hacer por dentro otras para esquivar el favor humano—, fingiendo la intención de comer, sostuvo largo rato el cuchillo en la mano; y así prolongaba el convite no para su propio gusto, sino para la voluntad de los demás, cuando de repente, mudado el color de su rostro junto con la disposición de su alma, el cuchillo cayó de su mano sobre la mesa; y con un suspiro dio a entender que aquello no había sucedido por descortesía, sino que había percibido cosas admirables por revelación divina. Mientras toda la concurrencia se admiraba de lo que aquello presagiaba sin atreverse a preguntar, ella, por el decoro de la perfección evangélica, ocultó a la multitud la dignidad del secreto, y solo al obispo de Augsburgo, llamado Dudón, familiar suyo por los méritos de su vida y unido a ella en continuo servicio, se dignó dirigirle estas palabras: «Ahora, venerable padre, se necesita mucho consuelo, porque el muro occidental de vuestra iglesia madre se ha derrumbado por disposición divina. Tan grande pérdida no impone tanto a vuestra prudencia el cuidado de su restauración cuanto ha traído a nuestra alma una nube de tristeza por vuestra aflicción y por el daño común de nuestra iglesia. Pero a la vez os mando y os persuado que os consoléis en la tranquilidad de la divinidad, que, morando ella sola en una luz inaccesible sin vicisitud de mudanza, permite que todas las cosas en cierto modo se conmuevan por nuestra

culpa, pero en su inefable clemencia devolverá muchas más al estado de su integridad». El prelado, turbado tanto por el presagio como por la pérdida, anotó con cuidado el momento de la dicha ruina y envió a toda prisa un mensajero a Augsburgo para averiguar la causa y la verdad del hecho; y por su relato supo que el derrumbe había ocurrido y que la hora coincidía, conforme a lo anunciado por la sierva de Dios.

2

En otra ocasión también se manifestó en ella un prodigio semejante a este presagio, tanto más digno de admiración cuanto que el suceso estaba más distante en lugar y en tiempo. Pues su hijo, elegido príncipe de la república romana, habiendo tomado por compañera de su lecho a una esposa griega, engañado por el ingenio perverso y el peor consejo de ella, intentó apoderarse del reino de los griegos. Así, reunido un ejército con todos sus recursos, salió de los confines de Italia, y de este modo dio al rey de los griegos ocasión de hacer la guerra, y a sí mismo y a los suyos les acarreó la pérdida de la fama y de la vida. Entretanto su piadosa madre, perseverando día y noche en el culto divino, cumplió sin duda la devoción de la feliz Ana, y conforme a la regla canónica guardó con toda diligencia los deberes de la viudez. Cierto día, entregada con fervor devoto a la salvación de su único hijo y al estado de todo el reino, mientras se ofrecía a Dios como hostia viva, de pie ante el crucifijo según su costumbre, fue arrebatada en éxtasis, y a los

ojos humanos parecía ya muerta. Vuelta en sí al cabo de una hora, guardaba en la memoria lo que había visto; y dio a conocer el desenlace de aquella batalla, que se le había mostrado de antemano en visión espiritual, no relatando el hecho, sino doliéndose de la matanza de los buenos. De estas señales puede colegirse claramente con qué pureza de alma resplandecía, o más bien con cuánta libertad de espíritu servía ocultamente a Cristo; pues el Señor, como a los profetas, le reveló lo por venir; como a los patriarcas, le fortaleció la fe; como a los apóstoles, le enseñó la perfección del Evangelio; como a los mártires, le dio paciencia en las tribulaciones; como a los sacerdotes, le infundió el cuidado de la Iglesia; como en las vírgenes consagradas, acrecentó en ella la sinceridad de un alma santísima; como a los monjes, le mostró su presencia familiar; y con las discípulas apostólicas —quiero decir, las viudas elegidas por Pedro y Pablo y destinadas al oficio de la religión—, la dotó de devoción en la tierra y la ensalzó en la gloria eterna. Y por la obra de su benevolencia mereció tan gran gracia de curaciones que, así como aliviaba la penuria de los necesitados con la largueza de sus limosnas, así también restituía la salud a los enfermos y débiles con un don poderoso. Pero, de modo admirable, huyendo del conocimiento humano para evitar la soberbia, y deseosa de agradar en lo secreto de su alma al dador de tan gran don, o bien arrebataba con furtiva rapidez la eficacia de los signos, o bien, si alguno no podía escapar al conocimiento de los suyos, mandaba por orden

expresa que en ninguna parte lo divulgaran con ligera conversación, revolviendo sin duda en su corazón vigilante aquella sentencia del Doctor de las gentes: Esta es nuestra gloria: el testimonio de nuestra conciencia (2 Cor 1,12). Y lo que el mismo Señor mandó, que la obra de la mano derecha se ocultara a la izquierda (Mt 6,3), lo cumplió con sencilla prudencia en todo su trato. Sin embargo, la ciudad puesta sobre un monte (Mt 5,14) no pudo quedar oculta a todos. Pues el resplandor de una sola señal llegó a nuestro conocimiento, y se nos enseña que el poder con que se obró fue causa de muchísimos milagros.

3

En cierta ocasión, estando sentada en su aposento ocupada en la meditación celestial, y ausente todo testigo excepto un cojo, un mayordomo llamado Hicemann, grato a ella por su fidelidad y discreción, le trajo como regalo unas hermosas manzanas. Ella lo recibió con rostro serenísimo, como amiga que era de la alegría, tomó una de entre muchas y mandó entregar las demás al encargado de guardar tales cosas. Pero por casualidad la manzana se le escapó de la mano y fue a parar lejos; y el cojo, a quien se mandó en seguida que la trajera, rehusaba el servicio, porque la señora tenía consigo los banquillos con que él remedaba el andar. Como él se resistía y alegaba razonablemente su debilidad como motivo de su desobediencia, al fin la familiar de los santos inclinó reverentemente la cabeza ante las venerables reliquias que tenía siempre colocadas

a su vista, y afirmó que sus señores querían con ella que el cojo anduviese.

Más pronto que dicho, el cojo se levantó del suelo; / obedeciendo al servicio, queda sano en todo el cuerpo; / y, mandado guardar silencio sobre tan gran señal, / delataba su gozo; ni podía ocultarse tan gran gracia.

4

En el tiempo en que la bienaventurada partió de este siglo, Hermann, duque de Suabia, que había tomado por esposa a la hija de su hermano Conrado, quería ocupar por derecho hereditario los bienes de la sierva de Dios pertenecientes al monasterio. Pero ella le demostró a él y a todos los que vivían en los alrededores, con indicios manifiestos, que no dejaba más herederos que a los apóstoles y a los monjes que los sirven. Se hallaba por entonces casualmente junto al mismo duque un hombre recientemente privado de la vista, que en otro tiempo había aprendido el arte de sangrar y por ese motivo había gozado con largueza del favor de la bienaventurada reina. Y como había aprendido por experiencia la abundancia de su beneficencia y el resplandor de su santidad, vino a su sepulcro con afán de orar, y con súplicas y lágrimas la había invocado en su ayuda. Y como durante toda una semana frecuentara con insistentes súplicas el lugar del sagrado cuerpo, una vez, cansado y triste, sentado sobre el pavimento, por el hastío de su alma desfallecida quedó bañado por el rocío del sueño. Entonces se le apareció en sueños, de forma manifiesta, santa Adelaida,

hermosa más allá de toda figura humana, con un rostro muy venerable; y con voz terrible le preguntó por qué su señor Hermann usurpaba para su injusto dominio los bienes propios de los apóstoles. Y como él confesara su ignorancia, o más bien añadiera la tiranía del duque, ella le dijo: «Mira que, si por nuestros méritos recobras la salud de los ojos, vayas también al príncipe como fiel intérprete de nuestro mensaje y, con palabras llanas y con la señal, le enseñes a abandonar del todo semejante perversidad. Y si no, sepa que yo y mis señores, los doce apóstoles, jueces de todo el orbe, perseguiremos nuestro propio derecho, y aprenda de antemano que él con los suyos será azotado por el golpe inevitable de la venganza». Dicho esto, el hombre despertó al instante, alegre por el recuerdo de la visión y de las palabras, y siguió los pasos de la que se retiraba hasta el sepulcro; allí, postrado con todo el cuerpo, permaneció entregado a la oración hasta que el coro de los monjes celebró el oficio de la misa. Y en cuanto el cantor comenzó el introito, el ciego recobró la vista y mezcló su gozo con el de los que cantaban. En seguida, anunciado el milagro con el sonido de las campanas, acude todo el pueblo; el hombre, reconocido, causa admiración; la sierva de Dios es venerada; y el que devuelve la luz, más aún, el que confirma su propia obra, es alabado por hombres y mujeres de toda condición. Después de esto, el que había recobrado la luz, no olvidando su testimonio ni el mensaje que se le había encomendado, volvió con presuroso gozo a su señor, le explicó lo que en sueños se le había ad-

vertido y atestiguaba que su propia iluminación era prueba de un juicio divino, si él o alguno de los poderosos o cualquier otra persona presumía en adelante causar daño a los bienes eclesiásticos de aquella mujer gloriosa en el Señor. Así, el duque, sobrecogido de temor, procuró enmendar cuanto había desatinado con su injusta empresa contra la voluntad de Dios en los bienes de la sierva de Dios, y añadió al dicho monasterio una heredad útil para la fabricación de sal, situada en la villa de Marsile.

5

Nos parece digno de relatarse cómo el rey Enrique, devoto singular del santo mártir Jorge, fue también suplicante venerador de esta santísima viuda. Pues, habiendo llegado al dicho lugar después de obtener el imperio, sucedió por casualidad que se hizo poner el lecho y descansó allí donde aquella santísima alma fue liberada de la cárcel de la carne. Y el emperador fue herido por tan grave enfermedad que, no pudiendo levantarse del lecho, consultó los diversos pareceres de los suyos sobre qué pensaban de un dolor tan grande y tan repentino. Todos a una voz decían que la causa de tal mal era la reverencia debida a aquel lugar sagrado. Él, dándole largas vueltas a esto en su interior y examinando si de algún otro modo habría ofendido a la venerable augusta, movido por el arrepentimiento se hizo llevar a la capilla del sepulcro. Y como no era lícito celebrar sus méritos sin decreto del papa y consentimiento del clero, prometió construir en el dicho lugar

un oratorio de la bienaventurada María, y eximió al abad de aquel monasterio, tal como ella misma lo había dispuesto, del servicio imperial.

6

Por el mismo tiempo llegó al mismo lugar un caballero temerario, el cual, habiendo sido bien recibido como huésped por un pobre, comenzó, por instigación del diablo, a maltratar su escaso ajuar. Entre otras injurias que infligió a su huésped, mató sus aves domésticas y se hizo preparar comida a costa de la hacienda ajena. El dueño de la casa, deshecho en ruegos y llantos con su mujer, pidió primero al hombre que lo perdonara por el abad, su señor; por último le suplicó, por reverencia a santa Adelaida, que depusiera tanta insolencia. Él, perseverando en su desvergüenza, más aún, acumulando males mayores, dijo: «Yo, que estoy vivo, soy esta noche dueño de ti y de los tuyos; Adelaida, en cambio, muerta, no tiene poder para protegerte». Sin tardanza, azotado desde lo alto por tan grave calumnia, mientras se apresuraba a tomar la comida mal adquirida, comenzó a morderse también las manos y los demás miembros. En seguida fue atado por su incapacidad de dominarse y por el daño de su furor, y durante toda aquella noche soportó una dura atadura de alma y cuerpo. Pero cuando, al despuntar el día, fue llevado a la fuerza por las manos de quienes lo arrastraban al sepulcro de la sierva de Cristo, recobró en presencia de los hermanos la salud de sus sentidos; porque aquella piadosísima mujer, que había vengado poderosa-

mente la ofensa, la perdonó después con largueza a quien había de arrepentirse.

7

Una monja llamada Frowessa, que desde su primera edad cojeaba de ambos pies, fue alegrada con una salud tardía al año siguiente del memorable tránsito de la augusta. Y como la fama de este milagro había sido la primera en llegar a oídos del pueblo, toda la concurrencia de la gente se llenó de gran alegría y, poniéndole en las manos una cruz y un cirio, recorrió las diversas iglesias celebrando alabanzas divinas.

8

Tampoco parece que deba pasarse en silencio lo que, para difundir sus méritos, se sabe que le ocurrió a un hombre desconocido. Mientras atravesaba un bosque que en lengua vulgar se llama Biwalt, por casualidad un caballo que pacía cerca lo acompañó hasta la villa de Selz. Por esta causa fue acusado de robo ante un poderoso llamado Heimo, que en aquel tiempo había llegado allí con el dicho emperador Enrique. Este, dictando una sentencia cierta sobre cosas inciertas, mandó que el hombre fuera azotado de modo miserable, despojado y cegado. Al punto el forastero cegado, levantando al cielo el alma y las manos, dijo: «Si yo, inocente de robo y de fraude, he padecido sin merecerlo tantos males, tú, santa Adelaida, ¡devuélveme la vista por tus ruegos y méritos!». Después de esto, recibido en la casa y

al cuidado de un hombre llamado Bennón, pocos días más tarde, calmado el dolor, se acercó a la urna de aquel precioso tesoro y, atestiguando su inocencia, recobró la salud de los ojos. Con todo, dividida por la mitad la pupila de sus ojos, mostró después las huellas de su verdadera ceguera.

9

Entre los demás dones que esta familiar de los santos otorgó a san Pedro figuraba una familia de siervos que habitaba en la comarca llamada Nordgau. Como cierto hombre, con insolente presunción, intentara hacerlos esclavos suyos y de sus descendientes, y nadie pudiera de ningún modo domarlos porque se resistían, apresó a uno de aquel linaje llamado Benzón y lo cegó temerariamente. Al saber, algunos días después, que aún veía algo, lo capturó de nuevo y, por fin, le arrancó más hondo toda la vista. Sin tardanza el ciego, desfigurado el rostro, ensangrentado y digno de compasión, con la herida aún abierta, acudió a los monjes, buscó el venerable sepulcro de su señora y, a la manera de la sencillez campesina, comenzó a reprocharle que fuera causa de tan gran calamidad. Y no dejó de llorar, lamentarse y culparla hasta que recobró la integridad de las pupilas con el uso clarísimo de los ojos, cosa que sabemos no inusitada, sino más bien rara, entre los santos.

10

Vino también del territorio de Metz una mujer en quien, por voluntad divina, se había agravado

el mal de la ceguera. Mientras recorría diversos lugares con el deseo de alcanzar la salud, fue advertida en sueños por la misma santa de que buscara su auxilio. Y aunque solo buscaba la salud de los ojos, alcanzó una gracia doble. Pues en ese mismo tiempo sucedió que había llegado Conrado, glorioso príncipe del Imperio romano, con Gisela, consorte de su lecho y de su reino. Y cuando la venerable reina vio presente a la mujer ya iluminada, engrandeciendo con dignas alabanzas a Dios, autor de los bienes, y congratulándose por la santidad de la augusta, consanguínea suya, tomó bajo el cuidado de su liberalidad a la persona a quien la bienaventurada había visitado con la luz.

11

Hubo también en tierras de la Galia una poderosa condesa, convertida en triste madre de un hijo mudo. Por este motivo, mientras recorría devotamente muchos monasterios, oída la gran fama de los milagros, se dirigió con anhelo al lugar sagrado y durante tres días se dedicó allí a la oración. Después, desesperando del don de la curación por lo prolongado del tiempo, cuando se disponía a volver a su casa, se postró con el niño ante el altar consagrado junto a la cabecera del cuerpo vivificante. La madre, entregada a una oración llorosa, confiesa que solo ella es indigna y excluida, y cuenta que vino alegre con la esperanza, pero se vuelve triste. Entretanto el niño quedó rendido por la súbita quietud del sueño. Pasada una hora, despertó por sí mismo, se levantó ale-

gre, tomó a su madre del vestido y con su primera palabra le preguntó si aquel era el sepulcro de santa Adelaida, que, apareciéndosele en sueños, le había desatado la atadura de la lengua. De este modo, la señora, que estaba a punto de marcharse desesperada, pasó allí el resto del día con alegría y, devota y agradecida por la salud de su hijo, ofreció pequeños dones a los hermanos, que alababan a Dios en sus santos.

12

Un hombre nacido en Borgoña era desde el vientre de su madre tan cojo y encorvado que las plantas de los pies parecían pegadas a las nalgas, y las manos a las rodillas. Y aunque fue librado de este mal por el mérito de san Sulpicio, por voluntad divina se permitió que fuera atormentado por otro mal, para que, al ser curado por las oraciones de esta piadosísima y santísima mujer, se igualara el poder del clarísimo confesor. Sucedió que este hombre vivía con la turba de los demás pobres junto a Gerberto, abad del dicho lugar, varón de piadosa memoria, y en la fiesta del bienaventurado apóstol Pedro asistía a los maitines con oído distraído. Pues, olvidado de lo malo y de lo bueno, y despreciando también el tiempo y el lugar venerables, comenzó a mezclar palabras torpes con hombres y mujeres, y así, con corrillos de necios, estorbó la alabanza divina. Entonces, de repente, con admirable rapidez, ambos brazos se le doblaron con fuerza hacia la espalda, y ambas manos se le torcieron sobre sí mismas con tal violencia que, rotas las articulaciones de los

dedos, los presentes quedaron empapados por las salpicaduras de sangre. Y no fue castigado por dentro con menor suplicio, pues fue poseído por un demonio malísimo; y así, atado con doble pena, como espectáculo lastimoso, movió a llanto y lamento a todo el pueblo. Pero mientras el coro de los monjes celebraba las alabanzas de Dios en la misa, y todo el pueblo con tristes súplicas invocaba los méritos de santa Adelaida, al fin, desatados los nudos de los brazos, alcanzó la integridad del alma y del cuerpo. Con todo, algunos días después quedó mudo, y junto al sepulcro de la misma beatísima madre recobró el uso de la lengua.

13

En tiempos del emperador Enrique III resplandeció el admirable desenlace de una señal, por la cual reconocimos con argumento verísimo aquel poder espiritual suyo en el número de los santos. Un hombre llamado Burcardo, que vivía fielmente al servicio de Liutpoldo, arzobispo de Maguncia, pertenecía, por la condición servil de su linaje, al señorío de la venerable augusta. Por la liberalísima benignidad de ella se había donado a sus antepasados una heredad que él poseía por derecho hereditario sin litigio alguno, y por eso solía venerar de todos los modos, con suma devoción, a la señora donante. Pero sucedió que el duque de los alamanes, Otón de Schweinfurt, aunque seguía muchísimos ejemplos de justicia y de otras virtudes, encendido sin embargo por las llamas de una codicia insaciable, emprendió

la reivindicación injusta para su propio dominio de la dicha pequeña heredad, que por casualidad lindaba con sus vastísimas posesiones, a la manera de Acab, o más bien de Jezabel. Así pues, el hombre, habiendo sufrido tal pérdida de sus tierras por la violencia y no por la ley, como desesperara de toda ayuda humana contra la cumbre de tan gran poder, recordando en su ánimo el privilegio de la generosa donación, acudió con fidelidad al patrocinio de la señora donante; y trayendo con lastimoso aparato la carta escrita sobre la dicha posesión, la puso sobre la sagrada tumba; con un oportuno toque de campanas y quejumbroso clamor, afirmó a su modo rústico que despertaba a su señora, que para él dormía; y movió a la comunidad de los hermanos a compadecerse de su caso, para consuelo de su piadosa patrona. Así, ungido con las promesas del consuelo fraterno, volvió a su casa fortalecido por el ancla de la esperanza entre las olas de tan gran adversidad. Después de esto, herido el dicho duque por el azote de una gravísima enfermedad, la bienaventurada Adelaida, con rostro tan severo como noble, se le apareció en el silencio de la noche y le intimó con poder horribles amenazas del fuego infernal si no restituía cuanto antes a su siervo la heredad injustamente arrebatada. El príncipe, aterrado por la amenaza reprobatoria de una persona tan sensata como venerable, hizo traer con presteza, por medio de un mensajero, al que padecía la injuria y soportaba una calumnia intolerable, y, tras exponerle primero la admirable visión y la tremenda amenaza de muerte re-

pentina y de suplicio eterno, le devolvió de buen grado el derecho a la posesión perdida. Al punto el hombre, que había experimentado tan grandes daños y alcanzado tales beneficios, dando las debidas gracias al Señor Dios y a santa Adelaida, corrió gozoso a su monasterio, ofreció muchos donativos apropiados para los ornamentos de la iglesia o para las necesidades de los hermanos y, contada la causa y el modo de la restitución de su bien, nunca cesó de alabar a santa Adelaida y a Dios todopoderoso.